

## SE EQUIVOCÓ

---

La noticia no causó mayor sensación en el país de los descuidos. ¡Pero la joven y hermosa muchacha que estaba en visperas de casarse, contrajo matrimonio con la muerte en un rincón del abyecto depósito de cadáveres!

El médico le recetó una limonada purgante, y el farmacéutico le sirvió igual dosis de ácido fénico.

No tiene nada de particular : una equivocación. No fué á las altas horas de la noche, sino á las primeras horas del día; se veía bien y la receta estaba claramente escrita. Pero, en fin, cualquiera se equivoca. — ¡Sólo que las equivocaciones pueden costar la vida á una mujer hermosa y enamorada!...

En Madrid cualquiera se equivoca. El cartero entregará á usted una carta que era para el vecino, ó viceversa, porque al subir al piso de usted se arrancó por peteneras, y « el hombre », distraído, se equivocó *sin querer*; el hortera de ultramarinos servirá bacalao en vez de jamón que se le pidió, porque estaba *timándose* con una criada y... « ¡qué le vamos

á hacer! » se equivocó; el barbero le desollará vivo, porque está atento á todo (menos á la barba del afeitado), y si no mira á la calle, con la herramienta en alto, tendrá que saludar y despedir á todos y cada uno de los parroquianos. — ¡Buenos días, D. Patrio! — ¡Vaya usted con Dios, D. Ángel! — Siéntese usted, D. Cosme. — ¡Diez minutos... va en seguida, D. Pedro!; — y se equivoca de sitio y da á usted un tajo en una oreja. — El médico recetará estricnina por quinina; el farmacéutico propinará limonada purgante de ácido fénico; y el sepulturero meterá al muerto en un tranvía ó en un café, en vez de echarlo al hoyo. Nada, los cigarrillos, las buenas mozas que pasan al desgaire, el olé, el chachipé, y sobre todo la comezón de charlar como cotorras. La verdad es (dicen para excusar su equivocación) que no puede uno estar en todo.

Va usted al estanco para certificar unos paquetes de periódicos dirigidos á América.

— Sírvase usted pesarlos.

— ¿Gusta usted?

— Gracias.

— ¿Buen tiempo *se nos* ha metido, eh?

— Sírvase usted pesarlos...

— ¿Son para la Habana? ¡Menuda *vuelta* van á dar! *Allá me tocó* ir cuando caí quinto; pero un señor que tal vez conozca usted, porque es muy *sonao*, don Pantaleón Rodríguez se empeñó en que no había de ir, y... aquí me tiene usted.

— Sírvase usted pesarlos... ¿Cuánto?

— No se qué decir á usted, porque como no hay

costumbre de mandar *tan lejos* los papeles, *pues* no estoy bien *enterao*. (Enciende con tranquilidad musulmánica una colilla apestosa y lee un papelucho mugriento.) *Aquí* marca dos céntimos; pero... vaya usted á saber. Estas son tarifas viejas. Las nuevas... *pues* va ya para seis meses que las estoy esperando. Ya sabe usted que en Correos son *mu liosos*.

Por lo general, el hombre, cualquiera que sea su oficio, tiene en Madrid un *modus operandi*, la parienta, es decir, la mujer, que se transforma, por voluntad de su señor y dueño, en burra de carga, ó en burra de leche. ¡Ella se lo tiene todo tan *apanáito!*... De pie, en el despacho, con la cara lavada y el moño alto, comercia por él, mientras él duerme hasta las dos de la tarde, ó vive en el café voceando que Romero es el mejor orador del mundo — porque le dió una credencial — y Cavestany el mejor dramaturgo del mundo — porque le convidó á butaca la noche de un estreno — y la infantería la mejor del mundo, *porque sí*, y... de Madrid al cielo.

¿Hace falta un préstamo? Que lo pida la mujer. ¿Necesita hablar al casero para que prorrogue el pago del alquiler ó rebaje el precio del mismo? Que vaya la parienta. ¿Le conviene suplicar al ministro? Anda tú, mujer, y dile... — Las pobres mujeres deben hacer heroicos esfuerzos de virtud por no arremangarse las faldas para que los ministros firmen en ellas las credenciales de los maridos.

Si, es una porquería horrible. Por fortuna para la patria, no es todo el pueblo español ese de ¡*Me equivoqué!* ¡*Se me olvidó!* ¡*No corre prisa!* ¿*Usted*

*gusta? ¡ Buen provechito le haga!* pueblo de insignes gandules que, envueltos en la indecorosa y antiluviana capa, defecan impúdicamente en la vía pública y con la misma impudicia se cascan las liendres al sol...

## LACRIMARIO

---

### I

Albert Millaud se fué, y no hay que esperar su vuelta á la redacción de *El Fígaro*, ni al teatro, ni al boulevard. Es de sentir por los que le leíamos con gusto y admiración; es de alegrarse por Millaud, que, enfermo de cuerpo y entristecido de espíritu, estaba demás en París. ¿Qué hacía por ahí Albert Millaud? Sin salud, sin fe y sin entusiasmo por nada ni por nadie, la vida del hombre es sencillamente la de una bestia enferma y cansada; y un Millaud no puede, aunque quiera, hacer vida de bestia.

Albert Millaud se acostumbraba poco á poco á la muerte. Su cuarto de la calle Nouvelle tenía tristezas de tumba. Del techo, de las paredes, de todas las partes de la habitación, caía ese frío extraño que nos sorprende al acercarnos á una fosa abandonada; y es que el espíritu de Millaud no habitaba allí. Hacía ya mucho tiempo que le echaron por muerto;

sólo que, galvanizado en el boulevard, corría á esconder sus espasmos en la antigua fosa...

## II

Muchas veces, en la calle, pasan cerca de mí, reflejadas en las fisonomías, grandes lástimas y sufrimientos morales.

Una noticia inesperada y leída al azar en un periódico, una perspectiva dolorosa, como la del amor burlón ó la de la amistad ingrata que pasan de largo, éstas y otras muchas cosas pueden herir y hieren al transeúnte; el cual no se atreve, porque no le vea « la gente, » á dejar correr el llanto que le pide el cuerpo, y se da prisa en ganar la casa, el cuarto, el nicho donde desahogarlo sin excitar molestias ni risas; y siempre que veo esto, el andar corriendo para ocultar una pena callejera, me choca el hecho de que los Municipios, tan atentos á dar salida á las exigencias físicas de la naturaleza, en honor de las cuales elevan columnas y kioscos, no dispensen la menor atención á las exigencias del espíritu doliente, que merecía, por los menos, *lacrimarios* donde se pudiera llorar con franqueza.

Un kiosco así, con sus celdas, llegaría á ser, además, la mejor cátedra de psicología y un centro de gran instrucción, en donde haríamos amistad con los Millauds que le visitaran á diario. De este modo, cuando dos amigos apesadumbrados se encontraran en la calle con buenas ganas de contarse las cuitas

respectivas, no se dirían como ahora, « vamos al café y hablaremos », sino : « vamos á llorar al *lacrimario* », y sacando cada cual su pena, porque « tristeza española no llora sola », dejarían correr el llanto.

## III

En su último artículo, referente á la entrada de Renán en el *Pantheon*, Millaud sentíase interrumpido por el campanillazo de un muerto que llegaba.

El mismo que iba todas las noches á la calle Nouvelle. Pero esta vez equivocó las señas y siguió derecho al cementerio. Yo le felicito.

## HISTORIETAS DE PONS

---

La primera vez que le ví me figuré que era un orangután que paseaba tranquilamente por la calle, porque la cara de Pons es de mono afligido; esto es, de mono á quien ha pasado una desgracia muy grande; la desgracia quizá de nacer y vivir...

Pons no es ciertamente un caso de felicidad, sino un caso de infortunio inmerecido, á pesar del cual no debe nada á nadie... no sé si al sastre... tal vez á la patrona... Lo que aseguro terminantemente es que nadie puso los hombros para que subiera Pons la penosa cuesta del arte. Con los huesos muy duros, como decía de sí mismo el Sandoz de *L'Oeuvre*, Pons, aunque no tan viejo como Sandoz, ha luchado y vencido. Eso es, en pocas líneas, el panegirico del autor de *Historietas*.

Hace ya algunos años que llegó á Madrid en situación... que no diré, porque podría pecar de indiscreto. *Fernanflor* le inició en la vida artística. Con ingenio para escribir, y con ingenio para pintar,

dotado de excepcionales condiciones para hacer á pluma y á pelo, Pons se sentía inclinado al periodismo; es decir, se sentía inclinado al viaducto... Consultó « el caso » con el autor de *Cuentos rápidos*. Le enseñó detenidamente, á guisa de viajante que desdobra un muestrario, una colección de artículos y una colección de dibujos...; y *Fernanflor*, que tiene, entre otros méritos sobresalientes, buena vista y probada mundología, le aconsejó sin vacilar que se dedicara al dibujo y con especialidad al género caricaturesco.

*Fernanflor* fué, pues, artísticamente, padrino de Pons en la iglesia de los monos. Fijándose en la cara del catecúmeno, ¿querría Fernández Flórez hacer una sátira?... ¿Encontraría acaso cierta conjunción entre la fisonomía del apadrinado y sus monos del porvenir?... No lo sé; pero es probado que el consejo estuvo en su punto, y que Pons lo aprovechó inteligentemente; tanto, que hoy figura con justicia como el mejor de los dibujantes y caricaturistas de Madrid; y como dibujante, ilustrando obras que edita Lasanta con verdadero primor, me resulta más que como caricaturista en el periódico y en las mismas *Historietas*.

¿Hay caricatura en España?... De otro modo: ¿se presta España á la caricatura? Más, mucho más que cualquier otra nación de Europa. Vivimos... en caricatura. Usos y costumbres, letras y artes, ciencias, el modo de vestir, hasta el modo de andar, todo, absolutamente todo, es triste remedo, parodia ridícula. Vamos perdiendo en absoluto el carácter

nacional, típico. Adoro en Andalucía — á pesar de la gracia andaluza — porque es una provincia genuinamente española, sin desperdicio. Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada y Córdoba, sobre todo Córdoba y Granada; aquello es árabe, ó sea español neto, sin mezcla alguna de extranjerismo; los monumentos, las calles, la *manera*, en fin, de cada población; y luego los toldos con las casitas blancas, y los claveles encarnados en el pecho y en la cabeza de la mujer morena ó rubia, de ojos grandes, luminosos y tristes, que cubren de melancolía el alma de quien los mira...

Pero en Madrid, que es en resumen una copia (muy mala) de París, podría y debería ensañarse el lápiz del caricaturista, regocijando á veces con el ridículo, despreciando otras con la burla, siempre original en la risa y en la mueca.

No sucede así, sin embargo, y el dibujante español suele ser también remedo del dibujante francés. Para tener asuntos, motivos, va á París, es decir, no va á ninguna parte, estudia el mono parisién y... se *inspira*. ¡Cosa fácil y triste! ¿No basta con plagiar dramas, novelas, comedias, géneros de *sport*, géneros... de vestir, *etcétera*? ¿No son suficientes los *vertidos* del francés? ¿No es ridículo atribuir á Cánovas, que es un monstruo de talento y de ingenio, una hermosa frase, á propósito del amor propio de Castelar, que dijo Julio Claretie en la novela *El Renegado* sin referirse á Castelar y sin acordarse siquiera del santo de su nombre? Pues de eso vivimos; como grajos.

Los países serios, como Inglaterra y Alemania, son por excelencia, y por ley del contraste, los más caricaturistas. Ya puede decir Pons que no es un Oberlander ni un Busch; no los hay en España. El *humor* del lápiz corre parejas con el *humor* de la pluma...

Pons, aunque original, se resiente de la *costumbre* de imitar; costumbre que no es suya, sino del país donde vive y trabaja. ¿Falta cerebro ó sobra holgazanería? Creo que nos pasamos de *Adanes*. Lo difícil es pensar por cuenta propia, idear algo que sea nuevo; ¡y debe de ser tan cómodo para el artista que le den hecho el trabajo! Los *Fagerolles* abundan tanto como escasean los *Claudios*...

Sí, Pons también imita á veces. Su *Robo en despoblado*, por ejemplo, es realmente un robo, aunque con circunstancias atenuantes, no eximentes, porque ya dijo Hugo que el plagiario merece bien cuando mata lo plagiado, y el paisaje caricaturesco de Pons no hace olvidar que el asunto está visto en caricatura y también en cuadritos franceses.

Pons no tiene necesidad de *inspirarse* en París. Su ingenio es grande; asombrosa la fecundidad de su lápiz; inagotable el chiste de su propia inspiración; cualidades todas que se destacan enérgicamente en algunos trabajos del libro *Historietas*.

... Y ya ve Pons, á quien yo aprecio con toda sinceridad, porque después de tratado no tiene nada de orangután y tiene mucho de persona decente y distinguida, que no hay motivo para llamarme, en la

dedicatoria de su chispeante libro, *castigo que nos han enviado nuestras Antillas para que purguemos nuestras culpas*.

¡Si yo, por más que digan, soy todo corazón!...